
ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA.—Después FRANZ.

AMALIA. (En el jardín, cantando y tocando el laúd.)—«Era
bello como un ángel, lleno de las delicias de Wallhala;
bello más que todos los mancebos; celestial su mirada,
como el sol de Mayo, que se refleja en la superficie azu-
lada del mar.

»Sus abrazos me arrebatában hasta el delirio... nuestros
corazones latían unidos velozmente, presa del más vivo
ardor... nuestros labios y nuestros oídos encadenados...
noche para nuestros ojos, y nuestras almas volaban hacia
el cielo confundidas en amoroso torbellino.

»Sus besos... sensaciones del Paraíso. Como dos llamas
se juntan en una, como los sonidos que el arpa despide
forman celestial armonía, su espíritu y el mío se atraían
con fuerza irresistible y volaban locamente; nuestros la-
bios, nuestras mejillas ardían y temblaban... y el cielo y
la tierra desaparecían para nosotros, y el mundo entero
era sólo nuestro amor.

»¡Ya no existe!... En vano, ¡ay de mí! en vano lo persi-
guen mis suspiros. ¡Ya no existe!... y de todos los placc-
eres de la vida queda sólo un vano lamento.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UDEL
ALFONSO REYES
Cto. 1625 MONTERREY, MEXICO

FRANZ. (Que se presenta.)—¿Otra vez aquí, entusiasta caprichosa? Has abandonado furtivamente el alegre banquete robando la alegría á los convidados.

AMALIA.—¡Lástima grande inspiran esos placeres inocentes! En tus oídos debe resonar todavía el canto de muerte, que acompañó al entierro de tu padre...

FRANZ.—¿Quieres tú acaso llorar eternamente? Deja dormir á los muertos, y haz feliz al que vive. Vengo...

AMALIA.—¿Y cuándo te vas?

FRANZ.—¡Ay de mí! Ese rostro sombrío, lleno de orgullo! Me afliges, Amalia. Vengo á decirte...

AMALIA.—Escucharé de tus labios, sin duda, que Franz de Moor es ya un señor poderoso.

FRANZ.—Sí, justamente esto quería decirte... Maximiliano ha ido á dormir á la bóveda, en donde descansan sus antepasados. Yo soy el señor ahora. Pero quisiera serlo en todo. Amalia... Tú sabes lo que has sido en nuestra casa, como una hija de Moor, y, después de su muerte, seguirás amándolo y jamás lo olvidarás.

AMALIA.—¡Jamás, jamás! ¿Quién podría olvidarlo ligeramente en alegres festines?

FRANZ.—El cariño de mi padre merece que tú lo muestres á sus hijos, y Carlos ha muerto... ¿Te admiras? ¿Te turbas? Sí, verdaderamente ese recuerdo es tan lisonjero y tan sublime, que hasta acalla el orgullo de una mujer. Franz huella bajo sus plantas las esperanzas de las más nobles jóvenes; Franz viene y ofrece su corazón á una pobre huérfana, sin su protección desvalida, y su mano, y con ella todos sus tesoros, sus castillos y sus montes... Franz, el envidiado, el temido, se declara esclavo voluntario de Amalia...

AMALIA.—¿Por qué no ha de abrasar el rayo la lengua sin pudor, que pronuncia palabras criminales? ¿Tú has asesinado á mi amante, y yo, Amalia, te he de llamar mi esposo? Tú...

FRANZ.—¡No tan cruel, princesa incomparable!... Franz, sin duda, no se arrastrará en tu presencia como un Celadon vagabundo... sin duda no ha aprendido, como los insustanciales pastores de la Arcadia, á confiar sus ayes de amor al eco de las cavernas y de los valles... Franz habla, y si no se le contesta, entonces... manda.

AMALIA.—¿Mandar tú, gusano despreciable? ¿Mandarme á mí?... ¿Y cuando se respondé á tus órdenes con la sonrisa del desprecio?

FRANZ.—Tú no lo harás! Todavía sé yo un medio, que doblará de lo lindo el orgullo de una cabeza obstinada y vana... El convento, los altos muros...

AMALIA.—¡Bravo, muy bien! El convento y sus altas paredes me librarán de tu mirada de basilisco, y me dejarán tiempo sobrado para pensar, para pensar en Carlos siempre. ¡Bien venido sea tu convento! ¡Bienaventurados sus altos muros!

FRANZ.—¡Hola! ¡Ya!... ¡Atiende! Tú misma me enseñas el modo de atormentarte... Este capricho eterno por Carlos ha de extirparlo de tu alma mi sola presencia, como si fuese la de las furias de cabellos de fuego; el fantasma horrendo de Franz te acechará detrás de la imagen de tu amante, como el perro encantado que guarda los tesoros subterráneos... Quiero arrastrarte por los cabellos á la capilla, arrancarte del alma, espada en mano, tu anterior juramento, subir á la fuerza á tu tálamo virginal y vencer tu desdén orgulloso con mayor orgullo.

AMALIA. (Dándole un bofetón.)—Toma antes tu dote.

FRANZ. (Colérico.)—¡Hola! ¡Ya te pagaré diez veces y otras diez veces su valor!... No mi esposa... no tendrás ese honor... serás mi concubina, y te señalarán con el dedo las honradas mujeres de los campesinos, cuando te aventuras á pasar las calles. Rechina los dientes... despide fuego y muerte de tus ojos... La rabia de una mujer me

deleita, y te hace más bella y provocativa. Ven... tu resistencia enaltecerá mi triunfo, y será mayor mi placer abrazándote á la fuerza... Ven conmigo á mi aposento... abrázame ardor febril... ahora mismo serás mía.

(Intenta llevársela á la fuerza.)

AMALIA. (Echándole los brazos al cuello.) — ¡Perdóname, Franz! (Cuando él intenta abrazarla, le arrebató la espada, y retrocede con prontitud.) ¿Ves, malvado, lo que puedo hacer contigo ahora?... Soy una mujer, pero una mujer furiosa... Atrévete á manchar mi cuerpo con tu contacto impúdico... este acero atravesará tu lascivo pecho, y el espíritu de mi tío guiará mi mano. ¡Huye de aquí! (Échalo fuera.)

¡Ay de mí! ¡qué bienestar el mío!... ahora puedo respirar con libertad... sentíame fuerte como corcel fogoso, iracunda como la tigre que persigue á los que se llevan victoriosos á sus hijuelos... ¡En un convento, dice!... Agradezco tu feliz invención... Allí el amor desventurado encontrará su refugio... El convento... la cruz de nuestro Redentor es el puesto del amor malogrado. (Hace ademán de salir.)

HERMANN. (Que entra con misterio.) — ¡Señorita Amalia! ¡Señorita Amalia!

AMALIA. — ¡Desdichado! ¿A qué vienes á molestarme?

HERMANN. — Quiero aligerar mi alma de este peso, antes que vaya á los infiernos. (Échase á sus pies.) ¡Perdón, perdón! ¡Os he ofendido gravemente, señorita Amalia!

AMALIA. — ¡Levantaos! ¡Dejadme! Nada quiero saber.

(Hace ademán de irse.)

HERMANN. (Deteniéndola.) — ¡No! ¡Quedaos! ¡Por Dios! ¡Por Dios eterno! ¡Todo lo sabréis!

AMALIA. — Ni una sílaba más... Yo te perdono... Véte en paz á tu casa. (Quiere irse.)

HERMANN. — Oid sólo una palabra... os devolverá por completo vuestra tranquilidad.

AMALIA. (Que retrocede, y lo mira asombrada.) — ¿Qué dices,

amigo?... ¿Quién en el cielo y en la tierra podrá devolverme mi tranquilidad?

HERMANN. — Una sola palabra de mis labios... ¡Oídme!

AMALIA. (Tomando compasiva su mano.) — Buen hombre... ¿podrá romper una palabra de tus labios el sello de la eternidad?

HERMANN. (Levantándose.) — ¡Carlos vive!

AMALIA. (Gritando.) — ¡Desventurado!

HERMANN. — ¡Es la verdad!... Otra palabra más... Vuestro tío...

AMALIA. — ¡Carlos vive!

HERMANN. — Y vuestro tío...

AMALIA. — ¡Carlos vive!

HERMANN. — Y también vuestro tío... No me descubráis... (Vase apresuradamente.)

AMALIA. (Quédase un rato inmóvil; después sale corriendo detrás de él.) ¡Carlos vive!

ESCENA II.

Lugar junto al Danubio.

LOS LADRONES acampan en una eminencia bajo los árboles, y los caballos pastan en la colina.

MOOR. — Quiero descansar aquí. (Échase en el suelo.) Mis miembros están destrozados; mi lengua seca como un guijarro. (Schweizer se aleja sin ser notado.) Os suplico que me traigáis un sorbo de agua de ese río... pero estáis todos caídos mortalmente.

SCHWARZ. — Y todo el vino está en nuestros pellejos.